

tanta confianza y derecho, ¿qué era sino una conquista de la fuerza y un despojo de la política, arrancada á una familia que habia dado á aquella princesa como un rescate? Pero aquellas meditaciones de sus propios actos, no entibiaban su ardor para recobrar la emperatriz, adornar con ella la isla de Elba, y tal vez grangearse su proteccion personal y su compasion mas elocuente y sensible al atravesar aquella Francia que necesitaba enternecer.

XV.

Volvamos ahora á la fugitiva corte de María Luisa, para referir lo que pasaba en ella durante aquel largo hundimiento del imperio y del emperador.

Ya hemos visto que María Luisa salió de París tres dias antes de la ocupacion de aquella capital. Diez coches ocupados por los ministros, altos empleados de palacio, y las damas de su servicio, formaban la comitiva de aquella corte en fuga, que se dirigia á paso lento hácia el antiguo palacio de Rambouillet. La princesa no solo lloraba por aquella fuga, preludio de la catástrofe de su marido, sino tambien por la desagradable necesidad en que se veia de obedecer á los consejeros imperiales, que la conducian á las estremidades desconocidas del imperio, y que pretendian hacer de ella un centro y una provocacion de guerra desesperada. Aqui su esposo, alli su padre, á su vista su hijo, afectos todos, y destinos opuestos en intereses: por cualquier parte que mirase el triunfo, ella era seguramente la víctima. En derredor suyo no veia mas que una corte vendida á su marido, de la cual habia espulsado desapiadadamente hasta la última compañera de su infancia que pudiera recordarla la lengua y la memoria de su patria, y por todas partes ojos que espiaban sus lágrimas, y que la exigian cierta acti-

tud en poblaciones desafectas. Todo esto era mas que suficiente para llenar de amargura y tristeza el corazon de una jóven de veinte años. Cambaceres, con impasible continente, tembloroso corazon, y pensamientos inciertos, seguia á los grandes oficiales de la corona.

XVI.

La comitiva se detuvo una noche en la antigua soledad de Rambouillet. La falta de noticias de París, y el temor de ser cortados por algunos cuerpos de caballería enemiga, hizo apresurar al dia siguiente la salida para Chartres, á donde llegaron por la noche José y Gerónimo, hermanos destronados del emperador, con la reina, el ministro de la guerra Clarke, y otros funcionarios que se habian evadido de París. La emperatriz Josefina y su hija, se habian refugiado aquel mismo dia en el palacio de Navarra en Normandía, patrimonio de aquella emperatriz despues de su repudiacion. Dos emperatrices, dos cortes y dos dinastías desposeidas, seguian á aquel imperio, tan lleno de grandeza como de ruinas, diez años despues de su advenimiento.

En Vendome, recibió la emperatriz la primer carta de Napoleon desde su salida de las Tullerías. Aquella carta anunciaba á María Luisa la fatal noticia de la ocupacion de París, y la tardía llegada del emperador á la Cour-de-France. Todavía respiraba guerra: alentaba á la corte fugitiva á que manifestase autoridad y seguridad, y alimentaba la esperanza, que todavía conservaba Napoleon, de la próxima y triunfal entrada en París. Durante aquellos dias de angustia, las cartas del emperador á su jóven esposa, se sucedian con bastante frecuencia: mas por íntimos que debiesen ser los desahogos entre un esposo que caía del trono del mundo, y una muger, hija de los Césares y madre de su hijo, á quienes arrastraba en su caída, aquellas cartas, aunque dictadas por el

emperador, no estaban escritas de su mano. Lo mas frecuente eran que no estuviesen escritas ni dictadas por él, sino por sus secretarios intimos á quienes hacia una lijera indicacion. Tanta influencia ejercia en él la sería preocupacion de su rango, que interponia la frialdad y la etiqueta oficial de las córtes, entre el corazon de su esposa y el suyo. El imperio habia ocupado el lugar de la naturaleza en aquella alma infatuada de poder. Por el rigor de aquel sentimiento de magestad y superioridad, que observaba tanto en lo interior de su vida doméstica como en las ceremonias exteriores, se sentaba solo á la mesa con la emperatriz. Los asientos estaban colocados con arreglo á la dignidad de su muger y á la suya. En las largas veladas del palacio, mientras él solo descansaba en un divan imperial, tenia en pie, en frente de él á sus ministros, sus mariscales, y hasta á las señoras de mas ilustre nombre y de los mayores cargos de su córte. Pequeñeces de la gloria y del rango que en vez de engrandecerle recordaban su origen, á pesar de la altura desde donde queria dominarle.

XVII.

María Luisa se vió obligada á permanecer ocho dias en Blois. Los hermanos del emperador y los ministros que dirigian imperiosamente sus paradas y sus actos, trataron de hacer aquella ciudad la capital momentánea del gobierno errante. El emperador que les inspiraba todavía, se comunicaba con ellos y con la emperatriz, por medio de oficiales de su casa, que iban á Blois con diversos pretestos. El camino de Fontainebleau interceptado para una comitiva imperial, no lo estaba bastante para detener á los emisarios. Aquellas cartas parecian desperter algunas veces en el alma de la emperatriz el deseo verdadero ó aparente de reunirse con su marido. Luchaba visiblemente entre la voluntad de hacer lo que su tí-

tulo de esposa la mandaba, y el temor de comprometerse ella y su hijo, colocándose como un rehen de la familia Bonaparte, en medio de un puñado de hombres de guerra, reducidos á los últimos extremos de una lucha trágica y desesperada. No atreviéndose á confesar en voz alta la repugnancia á verse rodeada de gentes adictas hasta la violencia á los intereses del imperio, ni á resistir enteramente á los hermanos de Napoleon, sin una sola confidenta en quien poder desahogar su alma, porque veía un espía en cada uno de aquellos cortesanos, su ansiedad, su insomnio, sus resoluciones contradictorias, sus lágrimas ocultas, las intimaciones de su marido que la llamaba, la voz de su hijo que la detenía, la memoria y las advertencias secretas de su padre que la mandaban aguardar, la habian producido un anonadamiento y una postracion de ánimo y de fuerzas que solo se escitaban con convulsiones, sollozos y desesperacion. No podia persuadirse que el emperador de Austria, que la profesaba un cariño tan tierno, y que la habia mandado aquella union con la autoridad de padre, consintiese jamás en destronar al marido de su hija. Se reservaba para el último momento como un mediador amado, y un negociador seguro entre Napoleon y él. Tal era aquella alma de jóven, esposa y madre, aislada y combatida por tantos sentimientos y consejos opuestos, durante la regencia de Blois.

XVIII.

Con esta idea María Luisa envió al emperador de Austria, que todavía estaba en Dijon, á Mr. de Champagny, hombre de conocida y razonable adhesion, y que gozaba de alguna consideracion en los dos campos. Mr. de Montalivet, ministro moderado de los tiempos fáciles y de los trabajos diarios, sin colocacion durante aquellas borrascas, fué nombrado en lugar de Mr. de Champagny, mi-

que dirigía una sombra de administracion en una sombra de imperio, Regnault de Saint-Jean de Angely adicto hasta el fanatismo á Napoleon, fué enviado algunos dias despues al emperador de Austria: eleccion desacertada por el mismo exceso de compromiso en la causa del imperialismo. Regnault de Saint-de-Angely, era de la escuela de Fontanes. Combatiente intrépido y elocuente, contra los excesos de la revolucion, rayaba ya casi en despotismo: él era quien redactaba las disposiciones mas absolutas del emperador. Su nombre habia llegado á ser en aquellos últimos tiempos tan impopular como la tiranía. Fiel hasta á la autoridad que se hundía, se honraba no siguiendo á los transfugas, pero despoblaba al imperio sirviéndole. No tardó mucho en marchar detras de el Mr. de Saint Aulaire, hombre de mucha nombradía, de talento diplomático, y que se amoldaba suficientemente á las circunstancias. Por último Mr. de Beausset, gefe de palacio, especialmente adicto á la emperatriz, y mas propio para interceder que para vencer, fué tambien á esponer sus lágrimas mas bien que sus razones al emperador Francisco. Aquellos negociadores no tuvieron ningun ascendiente sobre el soberano. Habia entregado su corazon á su primer ministro Mr. de Metternich. Estaba resuelto el ostracismo: la victoria le habia pronunciado. María Luisa era sacrificada dos veces.

XIX.

Sin embargo, los dos hermanos del emperador, José y Gerónimo, la tenian cautiva en el palacio de la regencia en Blois. Guardada por un destacamento de tropas de Napoleon, que preparaba una expedicion para arrebatarla, honrada en la apariencia con la magestad y autoridad de regente, presidia todos los dias el consejo de minis-

tros, pero en realidad estaba esclavizada y vigilada por ellos, y por los dignatarios cómplices de su amo.

Temblaban de que un movimiento repentino de la caballería rusa sobre Blois, les quitase con la emperatriz, la última prenda de imperio y de negociacion que tenían en sus manos. A cada momento la suplicaban é intimaban que dejase á Blois y los siguiese á provincias mas distantes del teatro de la guerra, y mas defendidas por el Loira. María Luisa manifestaba una repugnancia invencible á seguirlos. Desconfiaba de aquellos príncipes destronados, arrojados por la misma ruina de su ambicion á las resoluciones mas estremas. Se estremecia al pensar que en sus manos podia llegar á ser el rehen de su desesperacion, y el móvil de una guerra civil: en su mismo terror encontraba ánimo. Aplazaba, negaba, exageraba la estenuacion de sus fuerzas, que segun decia, la hacia preferible esperar su suerte, fuere cual fuese, á provocarla con nuevas fugas. Cuando las instancias la apremiaban se metia en su habitacion y hasta en la cama.

XX.

La historia debe aqui dejar un lugar á la naturaleza. Es preciso decir cuáles eran los sentimientos secretos de la muger, disfrazados con los sentimientos convencionales de la emperatriz. Por haber desconocido los sentimientos involuntarios, pero verdaderos, de aquella princesa, los desapiadados partidarios de su marido han proferido contra ella cargos, vituperios y desprecios desmedidos. La han acusado de no ser la heroína teatral, de una ternura que no experimentaba. Han olvidado que era muger, y que el corazon tiene tambien su papel en el drama de semejante destino. Si el corazon no es una jus-

tificación, no es una excusa. La justicia las tiene presentes hasta en sus condenaciones.

María Luisa no amaba á Napoleon: ¿cómo pudiera amarle? Envejecia en los campamentos y en los afanes de la ambicion. Tenia diez y nueve años. El alma del soldado era dura y fria como el cálculo, instrumento de su genio. La de la jóven alemana era delicada, tímida y pensativa como los sueños poéticos de su patria. Había caído de las gradas de un trono antiguo, él habia subido al suyo escalando á mano armada las dinastías, que pisaba con sus pies. Aquel hombre habia sido para ella en las preocupaciones de su infancia y en las conversaciones de familia, el azote de Dios, el Atila de los reyes, el dominador de la Alemania, el asesino de los príncipes, el despojador de los pueblos, el incendiario de las capitales, el enemigo contra quien se rogaba á Dios desde la cuna en los palacios de la casa de Austria. Cedida á aquel conquistador por un contrato del miedo, despues de la repudiacion ingrata de una esposa que habia hecho su fortuna, fué vendida, no dada. Se miraba á sí misma como el rescate cruel de su patria y de su padre. Se habia resignado como á un sacrificio: los honores del trono en que la admitian, eran las galas con que se adornan á las víctimas. Arrojada sola y sin amiga alguna en una córte de soldados de fortuna, de palaciegos revoltosos y de mugeres burlonas, de quienes no sabia ni aun los nombres, ni la lengua, ni las costumbres, toda su juventud se habia refundido en el silencio y la etiqueta. Su marido tampoco la habia tranquilizado con sus primeros actos, hasta en su ternura era poco respetuoso y algo violento: ofendia aun cuando acariciaba. Hasta en sus amores tenia una dureza imperiosa. Entre él y el corazon de su jóven esposa, se habia colocado el terror. El deseado nacimiento del hijo que le habia dado, no habia unido aquellas naturalezas tan opuestas. Conocia que no era para el emperador mas que un medio de posteridad, no

la madre de familia, sino el tronco de una dinastia. Aquel dueño no tenia las virtudes del amante, la adhesion y fidelidad á una misma muger: sus amores, aunque pasajeros, eran numerosos. No respetaba los celos naturales en el corazon de esposa. No daba los escándalos de Luis XIV, pero tampoco tenia su delicadeza ni su constancia. Las mugeres mas hermosas de su córte y de las capitales extranjeras no le apasionaban, pero satisfecho su gusto, las condenaba al desprecio. Ausencias largas y frecuentes, instrucciones minuciosas y severamente obedecidas, una servidumbre antipática, espías en vez de amigas, semblante adusto, triste y temido cuando volvia despues de algun revés, y un ceremonial ostentoso, pueril y cansado, era cuanto se la proporcionaba como placer y distraccion: nada de aquella vida, de aquel carácter, ni de aquel hombre, era á propósito para inspirar amor á María Luisa. Su corazon y su imaginacion, fuera de su centro en Francia, permanecian al otro lado del Rhin. El imperio hubiera consolado á cualquiera otra; pero ella habia nacido para la vida privada, y para las ternuras del hogar aleman.

XXI.

No es estraño que una jóven contrariada de aquel modo en su naturaleza, su raza y en todos sus sentimientos, y próxima á verse libre por la victoria de su padre, no hiciese votos fervientes y sinceros contra su propio corazon para obrar en su cautiverio á gusto de sus carceleros de Blois. No sabia fingir, ni aparentar contra su carácter un heroismo conyugal que no tenia. Este era su único crimen; aguardaba temblando que el destino la arrojase al menos sola de una en otra desgracia: no queria anticiparse á él.

Los dignatarios de Napoleon y sus dos hermanos, de quienes la habia rodeado para que la dirigiesen y obligasen á medidas desesperadas de política, ó á fugas arriesgadas hácia el emperador, no cesaban de proponerla aquellas medidas y aquella marcha. Escuchaba con repugnancia, se refugiaba en el silencio, se ocultaba á su porfía y se aferraba en Blois. La resistencia pasiva por un lado, la impaciencia contenida por otro, los acontecimientos que se sucedian con rapidez, las tropas extranjeras que se aumentaban en derredor de aquella residencia, debian producir un desenlace violento en aquella lucha todavía decorosa entre una jóven y sus consejeros.

XXII.

El viernes 8 de abril, á una hora en que la habitacion de las señoras suele ser todavía inaccesible para los palaciegos, se oyó un rumor en la residencia de la emperatriz en Blois. En las habitaciones interiores en que la jóven princesa acababa de ser privada del sueño, mediaron conversaciones animadas, amenazas y resistencia. Las camaristas y gentiles-hombres de servicio y los guardias, se asombraron y enternecieron al ver semejante movimiento en el palacio á una hora inusitada. En los patios y antesalas se formaron grupos que se preguntaban mutuamente. Hablábase de una coaccion moral egercida con la emperatriz, para obligarla á huir con los hermanos de Napoleon hácia lo interior de la Francia ó hácia Fontainebleau. La emocion y la indignacion se pintaban en los acentos y en los semblantes. Nadie se atrevia á manifestar todavía en voz alta el escándalo de semejante violencia á una muger extranjera, aislada, privada de todo medio de defensa para su libertad y la de su hijo.

XXIII.

Mr. de Beausset, noble del Mediodía de la Francia, de carácter caballeresco, corazon lleno de respeto hácia la magestad, y de compasion por la debilidad, era gefe de palacio, y adicto con este título á la emperatriz. Las desgracias y ansiedades de aquella jóven, redoblaban en él su adhesion oficial. Al oír aquel ruido, penetró contra su uso en la habitacion que precedia á la alcoba de la emperatriz. Allí supo por las damas que estaban de servicio, que Cambaceres, José y Gerónimo se hallaban con la princesa. Escuchaba el altercado cuya causa procuraba adivinar, cuando María Luisa, á medio vestir, como una muger que acaba de ser arrancada repentinamente de su lecho, abrió la puerta de la alcoba y se dirigió precipitadamente hacia Mr. de Beausset. Sus pasos eran rápidos, sus megillas estaban encendidas por la animacion del dolor, sus ojos humedecidos y sus facciones alteradas. La fuerza de sus impresiones, prevaleció sobre su timidez ordinaria.

«Caballero Beausset, dijo con voz temblorosa á su gentil-hombre, de todos los oficiales de la casa del emperador que están aquí, vos sois á quien he conocido primero, pues que vos fuisteis quien me recibisteis en Brunan en el acto de mi matrimonio... ¿Puedo contar con vuestro apoyo?... Mis dos cuñados y Cambaceres están allí, dijo en voz baja, señalando con un gesto la alcoba inmediata. Acababan de decirme que es preciso dejar á Blois al instante, y que si de grado no consiento, van á ponerme á la fuerza en el coche con mi hijo.

—¿Cual es la voluntad de V. M?... preguntó Beausset con resolucion.

—«Permanecer aqui, contestó la emperatriz, y esperar carta del emperador.

—«Si tal es vuestro gusto, señora, repuso Mr. de Beausset, me atrevo á asegurar que todos los oficiales de vuestra casa y de vuestra guardia pensarán como yo, y que no recibirán órdenes mas que de vuestros lábios. Voy a sondearlos.

—«Id, os lo suplico, murmuró en voz baja la tímida y resuelta jóven: id, y volved á decirme con quien puedo contar.»

XXIV.

Mr. de Beausset encontró al salir del salon al general Caffarelli, que mandaba en palacio, y al conde de Haussonville, uno de los chambelanes de aquella córte. Ambos se indignaron. Corrieron al peristilo del palacio, y llamaron en alta voz á los oficiales de la guardia diseminados por el patio. Apenas aquellos bravos soldados se informaron de la violencia ejercida con una muger confiada á sus armas, se pronunciaron contra ella fuertemente, y pidieron ser presentados á la emperatriz para ofrecerla su adhesion, y en caso de necesidad, su espada. Mr. de Beausset les precedió para prevenir á Maria Luisa. «Entrad, le dijo al verle, y repetid á los príncipes lo que me habeis oido.

—«Los oficiales de la casa y de la guardia de la emperatriz, contestó Mr. de Beausset, han declarado su firme intencion de defenderla, de cualquiera coaccion que que traten de imponerla, para dejar á Blois contra su voluntad.

—«Decidnos las palabras de que han usado, contestó con imperiosa obstinacion al rey José: es necesario que conozcamos el espíritu que los anima.

—«Esas palabras, contestó el gefe de palacio, no seria conveniente para vos que yo las repitiese. Escuchad el ruido que resuena por las galerías y patios del pala-

cio: ese murmullo de indignacion, os dirá mejor que yo cuanto quereis saber.»

XXV.

Apenas habia articulado Mr. de Beausset aquellas palabras, cuando abrieron la puerta varios grupos de oficiales de la guardia y de palacio, se esparcieron por el salon, y prorumpieron ante la emperatriz en espresiones de adhesion hácia ella, y de cólera mal reprimida contra los opresores de su libertad.

Mudando entonces José de tono y de language, se volvió con aparente respeto hacia Maria Luisa, y la dijo con fingida conviccion: «Es preciso permanecer, Señora; lo que yo os habia propuesto, me parecia conforme á los intereses de V. M., mas puesto que V. M. piensa de otro modo, repito que es necesario permanecer...» Los hermanos de Napoleon no se atrevieron á repetir aquella tentativa. La desesperacion de una jóven la habia vuelto el valor. La indignacion contra la violencia habia sublevado en favor suyo todos los corazones. Abandonáronse á la suerte, y aguardaron en Blois el resultado de las negociaciones de Fontainebleau.

Algunas horas despues, un comisario ruso sin escolta, fué á apoderarse de Maria Luisa y de su hijo, en nombre de los soberanos. No hubo ni resistencia ni murmullos. Era evidente que la emperatriz estaba de antemano por su padre preparada para aquella medida de los aliados en cuanto á su persona. Cautiverio por cautiverio, preferia el de su primera familia y su primera patria. Desde de aquel momento se dispersó toda su córte imperial. Los ministros, los consejeros de Estado, y los cortesanos emprendieron la marcha aceleradamente, no hácia Fontainebleau, sino á París. Allí estaba la nueva

fortuna. El ministro de la Guerra se contentó con enviar su despedida al emperador, y corrió á ofrecer sus servicios al nuevo amo.

XXVI.

Al día siguiente, la emperatriz, con una escolta rusa, fué conducida á Rambouillet por Orleans. El emperador continuaba escribiendo á su muger, previniéndola que se reuniese con él en el camino de la isla de Elba. La describía el lugar de su destierro, y la fijaba el número de gentiles-hombres y camaristas, que debía llevar consigo á aquella nueva corte. No había renunciado á ninguna de las pompas y puerilidades del trono. Hubiérase dicho que había nacido entre aquellos aparatos de la soberanía, y que eran tan inherentes á su naturaleza, que ya no concebía mas vida que aquella. Luego preguntaba confidencialmente á Mr. de Beausset, cuáles eran las verdaderas intenciones de María Luisa acerca de su reunion con él. Despues discutía con ella las agregaciones de territorio en Luca, Piombino, y Carrara, que era preciso exigir, para completar sus estados de Parma: mas lejos la recomendaba que reedificase un palacio para su hijo el rey de Roma, en cuanto llegase á Parma, en donde la decia había muchas señoras de elevada nobleza. Aquella pretension á rodearse de aristocracia antigua con la que queria confundirse él y los suyos, le dominaba hasta en sus ruinas. Las vanidades del hombre nuevo sobrevivian á la destitucion del soberano caido. En seguida hablaba de atravesar de noche á Lyon y las grandes poblaciones, por temor de las conmociones populares que pudiera suscitar contra él el resentimiento público. Recomendaba que se llevasen algunos millones para establecerse con el esplendor conveniente en la isla de Elba. Hacia que de los diamantes de la corona se estra-

jesen algunos, cuya propiedad reclamaba. Mandaba colocar su tesoro, compuesto de muchos millones en oro, plata, y alhajas en diferentes furgones y carruages de la emperatriz, para sustraerlos de este modo á la confiscacion, ó á la depredacion de sus enemigos en el camino desde París á Italia. Pedia tres millones para sus gastos personales en el viage que iba á emprender. El general Cambonne estaba encargado de escoltarla desde Blois hasta Fontainebleau. Se oponia á la idea de la emperatriz de permanecer en Rambouillet, y la instaba que apresurase la marcha á sus estados de Italia. Manifestaba cierto disgusto á la idea de una entrevista del emperador de Austria con María Luisa. Temia sin duda que las insinuaciones paternales no la alejasen de él para siempre. Presentia las dificultades que la permanencia de su muger y de su hijo, como rehenes en manos del Austria, suscitarian para una restauracion del imperio de que ya se ocupaba confusamente.

XXVII.

A escepcion de las órdenes concernientes á una parte de su tesoro, todas aquellas cartas eran vanas ocupaciones de sus días ociosos en Fontainebleau. La emperatriz, impulsada, tanto por la inclinacion como por la fuerza, hácia su padre, se reunia en Rambouillet con el emperador de Austria, ponía á su hijo en los brazos de su abuelo, y tomaba el camino de Viena escoltada por los vencedores de su marido.

Pero mientras la victoria y la indiferencia alejaban de él de aquel modo á la esposa que la politica le había dado y que el imperio no había podido adherirle, la adversidad llevaba á su lado á Fontainebleau, á una hermosa jóven estrangera, cuyo amor no podian arrebatárle la derrota ni el destierro.

Entre los numerosos y fugitivos objetos de sus inclinaciones ilegítimas, Napoleón había amado, quizá por primera vez, con una pasión tierna y duradera. En la cúspide de su fortuna y de su gloria, en una fiesta en Varsovia, le chocó la belleza de una polaca, entusiasmada con su nombre. Era la joven esposa de un noble sármata de edad ya avanzada. Brillaba por primera vez en las pompas de una corte. Adoraba en Napoleón, como entonces todos los polacos, el genio, la victoria, y la esperanza defraudada de la independencia de su patria. Sus radiantes miradas, descubrían involuntariamente aquel culto. Napoleón la vió, la adivinó y la amó. Largas resistencias, combates con los deberes, desmayos y lágrimas, irritaron el gusto del emperador hasta la pasión. Robó á la condesa Waleski á su esposo y á su patria: la arrastró á sus campamentos y á sus capitales conquistadas. Un hijo fué el fruto de aquellos amores. Un palacio en París, visitado con frecuencia por la noche por Napoleón, ocultaba á las miradas del público á la madre siempre apasionada de aquel niño.

XXVIII.

La adversidad la hacía su falta casi sagrada y su amor mas ardiente. Sacrificándose al desterrado, quería rescatar su debilidad por el dueño de la Europa. Escribió á Napoleón pidiéndole permiso para verle, y ofrecerle acompañarle á donde quiera que el infortunio le condujese. Consintió en aquella entrevista. La penúltima noche que precedió á la marcha del emperador de Fontainebleau, la joven fué introducida por una escalera secreta en el salón que precedía á la alcoba de su amante. Un criado de confianza fué á anunciar á su amo la presencia de la que había consentido en volver á ver. Napoleón

que estaba sumergido en la especie de estupor soñoliento que le absorbía desde su caída, contestó al introductor que bien pronto llamaría á la que arrostraba por él, el pudor y la adversidad. La joven llorosa aguardó en vano hasta la mitad de la noche. No la llamó á pesar de que le oía pasearse por la alcoba. Volvió á entrar el criado y le recordó la persona presente.—Que se aguarde, dijo el emperador. En fin pasó la noche, y la claridad del día amenazando revelar el secreto de la entrevista, la joven indignada y derramando copiosas lágrimas, fué conducida á su carruaje por el confidente de su último adiós. Sea que Napoleón hubiese perdido el sentimiento de su propio corazón con la agitación de su ánimo, sea que se avergonzase de presentarse abatido y prisionero delante de la que le había amado vencedor y soberano de la Europa, no tuvo compasión de aquel sacrificio. Habiendo entrado por la mañana el confidente en la alcoba del emperador y pintándole la impaciencia, la vergüenza y la desesperación de la condesa Waleski,—¡Ah! dijo, estoy humillado por ella y por mí. Pero han trascurrido las horas sin que conociese su duración. Tenía alguna cosa aquí, añadió poniéndose el dedo en la frente.» Hasta la desesperación que enternece á los demás hombres era dura y glacial en él.

XXIX.

Al día siguiente mandó llamar á Caulaincourt. Hizo algunos regalos á los oficiales de su guardia y de su casa que hasta entonces habían permanecido fieles. «Dentro de algunos días, les dijo, estaré por fin establecido en la isla de Elba. Me he apresurado por respirar un aire mas puro.... ¡Aquí me ahogo! ¡Había pensado grandes cosas para la Francia!... Pero me ha faltado el tiempo y tambien los hombres. La nación francesa no sabe soportar

los reveses. Un solo año de desastres la ha hecho olvidar quince de victorias. ¡Me abandonan!... ¡Me separan de mi muger y de mi hijo!... La historia me vengará.»

Luego habló con aparente imparcialidad de los Borbones. «Entre las antiguas razas y los pueblos renovados por la revolucion, hay abismos, dijo. El porvenir está cargado de acontecimientos. ¡Nos volveremos á ver, amigos míos!... Mañana, me despediré de mis soldados.»

XXX.

Amaneció por fin el dia siguiente. Los comisarios respetuosos hasta en su vigilancia, pidieron al emperador que fijase la hora de la marcha. Señaló la del medio dia.

La córte que le quedaba, es decir, los generales de su guardia y algunos oficiales de su casa, Belliar, Gourgard, Petit, Athalin, Laplace, Foulrier, y algunos de la servidumbre interior, se reunieron á las diez en el salon que precedia á su gabinete, con los comisarios estrangeros, pequeño y fúnebre cortejo imperceptible para un palacio en otro tiempo demasiado estrecho para sus pompas. El general Bertrand, gran mariscal de palacio, envanecido con sentir su fidelidad superior á todos los destierros, anunció al emperador. Salió con el rostro tranquilo y compuesto. Atravesó la fila de sus últimos amigos, alargando á derecha é izquierda la mano que retiró mojada de lagrimas. Ni una sola palabra turbó el silencio. La impresion era demasiado solemne para que las palabras tratasen de espresarla. Toda la elocuencia, reconocimiento y dolor de aquella despedida estaba en las actitudes. La del emperador era digna del lugar, de su rango, del acto, natural, triste y reflexiva. Se veia que respetaba su propio ostracismo, y que replegaba de aquel palacio quince años de gloria y de desgracias dados á la Fran-

cia. No era como la vispera el hombre quien salia: era el imperio. Salia con la magestad de un acontecimiento.

XXXI.

Atravesó á paso lento seguido de los comisarios y de sus amigos la larga galeria de Francisco I, y llegó á la meseta de la escalera principal. Miró un momento á las tropas formadas en batalla en el patio, al innumerable gentío que de los pueblos inmediatos habia acudido á presenciar aquel momento histórico para referirlo á sus hijos. Eran diversos los sentimientos en aquella multitud en que el reinado tenia mas acusadores que amigos. Pero la grandeza de la caida en unos, la compasion de los reveses en otros, y la decencia de la circunstancia en todos, imponian un silencio unánime. Los insultos habrian sido una cobardia, los gritos de *viva el emperador!* hubieran parecido una ironía. Las mismas tropas experimentaban algo de mas solemne y mas religioso que una aclamacion, el honor íntimo de su fidelidad hasta en los reveses, y el ocaso de su gloria que iba á desaparecer con su gefe, por detrás de los árboles del bosque y las olas del Mediterráneo. Envidiaban á sus compañeros á quienes la eleccion ó la suerte habia concedido el favor de seguir al emperador á su isla. Todos tenian la cabeza baja y empañada la vista: las lágrimas corrian por sus megillas curtidas por la guerra. Si los tambores hubieran tenido crespones negros, hubiérase dicho que el ejército hacia las exequias á su general. El mismo Napoleon, despues de dirigir una mirada marcial y severa á sus batallones y escuadrones, se enterneció algun tanto. ¡Cuántas acciones de guerra, y cuántos dias de gloria y de poder le recordaba aquel ejército!... ¡En dónde estaban los que le componian cuando recorria con él la

Europa, el Africa y el Asia?... ¿Qué era lo que quedaba de aquellos millones de hombres en el cuadro de tropas que tenía á la vista?... ¡Y sin embargo, aquel resto era fiel, é iba á separarse de él para siempre!... El ejército era él. Cuando no estuviese ya á su vista, ¿qué sería de él?... Todo lo debía á la espada y todo lo perdía con ella. Antes de bajar vaciló algun tiempo y parecía que maquinalmente queria volver á entrar en el palacio.

XXXII.

Se repuso, cobró animo y bajó la escalera para aproximarse á los soldados. Los tambores le hicieron los honores de mando. Con un gesto les impuso silencio: avanzó hasta el frente de los batallones é hizo seña de que queria hablar. Callaron las cajas, inmóviles las armas y la respiracion suspendida, se oyó su voz repetida por las elevadas paredes del palacio, hasta en las últimas filas de su guardia.

«¡Oficiales, sargentos y soldados de mi antigua guardia, dijo, me despido de vosotros. Hace veinte años que constantemente os he encontrado en el camino del honor y de la gloria. En estos últimos tiempos, como en los de nuestra prosperidad, no habeis cesado de ser modelos de fidelidad y de valor.

«Con hombres como vosotros, nuestra causa no estaba perdida, pero la guerra habria sido interminable: la guerra civil hubiera hecho á la Francia mas desgraciada. He sacrificado, pues, nuestros intereses á los de la patria. Marcho... Vosotros, amigos míos, continuad sirviendo á la Francia; su honor era mi único pensamiento, y siempre será el objeto de mis votos.

«¡No sintais mi suerte!... Si he consentido en vivir ha sido para servir todavía á nuestra gloria. Quiero es-

cribir las grandes cosas que hemos hecho juntos... ¡Adios, hijos míos!... quisiera estrecharos á todos contra mi corazon... ¡Que abrace al menos á vuestro general y á vuestra bandera!...»

Aquellas palabras enternecieron á los soldados. Estremeciéronse las filas y se movieron las armas. El general Petit, que mandaba la antigua guardia en ausencia de los mariscales, hombre de temple marcial, pero sensible, se adelantó á una seña repetida de Napoleon entre las filas y su emperador, que le tuvo abrazado largo tiempo. Ambos capitanes sollozaban. Un gemido sordo contestó en todas las filas á aquel espectáculo. Los granaderos se enjugaban las lágrimas con la mano izquierda. «¡Que me traigan las águilas!» dijo el emperador, que queria grabar en sí y en aquella enseña una memoria de César. Varios granaderos avanzaron llevando delante las águilas de los regimientos. Tomó aquellos signos amados del soldado, las apretó contra su pecho, y tocándolos con los labios: «¡Queridas águilas, dijo con voz varonil pero enternecida, que este último beso resuene en el corazon de todos mis soldados! ¡Adios otra vez, antiguos compañeros, adios!...»

Todo el ejército prorumpió en llanto. Un coche abierto en donde el general Bertrand aguardaba á su amo y amigo, recibió al emperador, que se precipitó en él cubriéndose el rostro con ambas manos. En seguida rodó hácia la primera parada de su destierro.

XXXIII.

El primer imperio habia concluido. Napoleon conocia el poder de la imaginacion sobre los hombres y sabia el papel que el corazon representa en la historia. Habia ofrecido en espectáculo el suyo y el de sus tropas á la

Francia y al mundo en aquella escena. Hasta á sus enemigos pareció digna de las mayores páginas de la vida de los pueblos. Habian sido necesarios quince años de victorias y de reveses para prepararla, un ejército y un héroe para representarla, un mundo para mirarla, y un destierro para hacerla mas patética. Esta es la página mas sensible del emperador. Habia sido soberano, pero nunca hombre. Al volver á la naturaleza recobró su grandeza. La despedida de su ejército le restituyó la admiración, la compasion y el corazon del pueblo.

XXXIV.

Asi comenzó el primer destierro de Napoleon. Mientras se dirige hácia la isla adonde le habian relegado la venganza de la Europa y el cansancio de la Francia, juzguemos y reflexionemos un momento. La historia no es solo un drama; es tambien una justicia. Los conquistadores y los déspotas tendrian mucha ventaja sobre la verdad si no se les juzgase como Napoleon lo ha sido hasta aqui mas que por la fama de su nombre y el esplendor de su gloria. Hay aduladores de nombradías como hay aduladores de poder, porque la nombradía es tambien un poder, y cuando alguno se coloca en el radio de un gran nombre cree participar de su prestigio y anonadar al mundo con la autoridad de su prestigio. Este es el *væ victis* del historiador. Pero este poder de las nombradías de hecho es tambien un poder malo, al que debe tenerse el valor de resistir en una justa medida para que la posteridad no se doblegue como el siglo, la moral no se desaliente como la independencia, y para que la virtud tenga al menos su protesta y su testigo.

XXXV.

Napoleon no es un hombre de Plutarco, sino de Maquiavelo. Su móvil no fué ni la virtud ni la patria, sino el poder y la fama. Ayudado por circunstancias que ningun hombre encontró nunca, ni aun César, y por un genio de la fuerza igual á su obra, se propuso poseer el mundo á toda costa; no mejorarle ó engrandecerle. Este único objeto evidente de todas las acciones de su vida las rebaja y pervierte á los ojos de la verdadera política. Dios no ha dicho á ningun hombre: Harás de tí mismo tu propio objeto, harás de tí el centro de las cosas humanas, harás servir al mundo para tu uso. Por el contrario, ha dicho: Serás en cuanto de tí dependa el medio, el instrumento, el servidor de la tierra; te sacrificarás por el servicio de tu pueblo: te engrandecerás no en tí mismo, ser pequeño y pasajero, sino en el pueblo, ser eterno, á quien habrás servido, y en el espíritu humano, mejorado y engrandecido por tus obras!... ¡Hé aqui el tipo!... ¡hé aqui la verdadera grandeza!... Allí están la alta política y la gloria inmortal, porque allí está la virtud del hombre de Estado, no segun la historia, sino segun Dios.

XXXVI.

Ahora bien, el pensamiento de Napoleon fué el pensamiento contrario. Su plan de vida á la inversa se halla en contradiccion con el plan de Dios en la humanidad. Apoyado en esta verdad, sólida como la conciencia, se atreve uno á juzgar lo que no ha sido mas que celebrado, sin temor de equivocarse. Siente en sí la inflexibilidad, no del ánimo, sino de la moral, y prosigue.

Hemos hablado del plan de vida general de Napoleón, y hemos dicho que fué el de poseer á toda costa la tierra. Nos explicaremos: entendemos por plan de vida, la significacion general y continua de todos los actos de un hombre de historia, y la tendencia constante de su pensamiento ó de su instinto manifestada por sus costumbres. No atribuimos á esta espresion la idea de una premeditacion desde la cuna, ó de una combinacion sistemática de cada uno de sus pasos, de sus gestos, y de sus palabras en todas circunstancias. El hombre no está formado de ese modo: no es una abstraccion, no es una línea matemática, es un hombre, es decir, una inconstancia, una movilidad, una inconsecuencia viviente. El plan de vida de un hombre histórico, es su carácter. Así, pues, en el carácter de Napoleón mas habitualmente revelado en sus actos y en sus pensamientos, buscamos su moralidad ó su depravacion, su pequeñez ó su grandeza, para ofrecerlas á los ojos menos deslumbrados de la posteridad. En dos palabras, su inspiracion provenia habitualmente del mundo á él, ó de él al mundo, de la abnegacion ó del egoismo, de arriba ó de abajo, de Dios ó de él mismo. He aqui á lo que respondemos interrogando á su memoria, no para rebajarla, sino para que no pervierta al porvenir.

XXXVII.

Nació en Corcega: aquella isla buscaba su independencia. Se declaró contra Paoli, libertador de su cuna: trató de buscar una patria, y escogió la mas agitada, la Francia. Presintió con una precoz sagacidad de instinto, que los grandes azares de fortuna, serán ó son los grandes movimientos de las cosas y de las ideas. Hervia entonces la revolucion francesa, y se lanzó en ella; la go-

bernaba el jacobinismo, y le ensalzó. Aparentó los principios radicales, las exageraciones demagógicas, su lenguaje, su trage, su cólera, su popularidad. Escribió la *Cena de Beaucaire*, arenga de club en un campamento. Subia ó bajaba la revolucion segun los accesos de ardor ó de frialdad, de la opinion en París; subió y bajó con ella, sirviendo con igual celo á los convencionales en Tolon, á los thermidorianos en París, á la Convencion contra los demagogos, á Barrás y al Directorio contra los realistas: todo por las circunstancias, nada por los principios: preevió el poder, ayudó al triunfo, y se elevó indiferentemente sobre todos y por todos. Jóven de la raza y del tiempo de aquellas republicas italianas, que alquilaban su valor y su sangre á todas las facciones, y á todas causas, con tal que las engrandeciesen. Soldado, ofreció su inteligencia y su espada al mas resuelto ó al mas feliz. En su juventud hasta entonces oscura, no se ve ningun escrúpulo de opinion, de principio, ni de virtud pública. Tampoco se vé mas en su fortuna rápida. El origen de ella fué el favor del mas influyente de los directores, con una muger hermosa, familiarizada con los poderosos de la época. Bariás le dió por dote el ejército de Italia; amó, es cierto, y fué amado. Pero aquel cariño no fué desinteresado, luego que ya quedó satisfecho. Parecia menos sincero porque fué dotado con un mando, que es precisamente la fecha de su genio. Le comunicó á sus tropas, esparció la juventud por los envejecidos campamentos, reformó la rutina militar, les infundió entusiasmo, é infundió en ellos la nueva táctica: inventó la audacia, ese genio de las guerras revolucionarias: aceleró los movimientos de los ejércitos: aumentó diez veces el tiempo por la rapidez de las marchas; desconcertó los cálculos y la prudencia de los alumnos de Federico y de Laudon; conquistó, pacificó: hace desaparecer á unos y respeta á otros: hizo pactos con el que era fuerte en la opinion de los pueblos, como Roma: ar-